

posición como exigida únicamente por las circunstancias y por lo tanto anormal.

Gracias á la almohada que no debe estar muy llena, según dejamos indicado, y gracias á una ligera inclinación del jergón hacia los pies, el niño debe tener la



Fig. 66. — Niño mal acostado.

cabeza algo más alta, conservándose el cuerpo muy derecho y casi horizontal.

Hay en esto que temer dos inconvenientes: primero el que la cabeza esté demasiado alta, lo cual molestaría á la respiración y podría deformar el cuello.

Además, hallándose por esta razón los hombros demasiado altos, pueden provocar una desviación de la columna vertebral.

« Es preciso evitar que esté demasiado levantada

la cabeza del niño, pues de esta suerte juntándose la barba con el pecho, se pondrá gran impedimento á todas las funciones que queremos favorecer.

« Por otra parte, no sosteniendo el cuello, se estaría expuesto á que se aplastase la parte posterior de la cabeza y oprimiese el cerebro, puesto que descansaría sobre ella una gran parte del peso del cráneo. Importa pues procurar que la cabeza, cuello y hombros se encuentren uniformemente en un plano ligeramente inclinado (1). »

Loke, en su tratado acerca de la educación de los niños, es de parecer contrario.

Pretende que se acostumbre al niño á dormir en todas las posturas.

Sólo que como el citado filósofo aconseja esto á fin de que el niño se endurezca, creemos preferible conformarse á las reglas de la higiene, siguiendo los consejos del doctor Gérard.

VI

DE LAS MECIDAS

Entre todas las prácticas empleadas desde los tiempos más antiguos, no hay tal vez ninguna que

(1) Ph. Gyoux : *Éducation de l'enfant*, pág. 59.

haya sido más censurada que la de mecer á los niños.

Buchán la compara á una especie de narcótico, que aunque menos peligroso que los demás, no deja sin embargo de tener á veces consecuencias enfadosas y hasta funestas (1).

Désessart pretende que el sueño que resulta de las mecidas es comparable á ese estado de amodarramiento y de coma en que cae una gallina, si se le pone la cabeza bajo un ala y se la agita vivamente (2).

Hufeland es de parecer que las mecidas violentas son seguramente perjudiciales porque indudablemente debilitan los nervios y la cabeza y ocasionan lesiones orgánicas en el cuerpo (3).

Por su parte el doctor Allix, al mismo tiempo que aconseja que se meza al niño moderadamente, añade :

« Las mecidas demasiado prolongadas y violentas serían perjudiciales, porque perturbarían la digestión y la circulación y podrían provocar vómitos algunas veces (4). »

(1) Buchán: *Médecine domestique*.

(2) Désessart: *Traité de l'éducation corporelle des enfants en bas âge*.

(3) *Conseils aux mères*, pág. 54.

(4) M.^{me} Millet-Robinet y doctor Allix: *Le livre des jeunes mères*.

El doctor Gérard da por sentado que el abuso en el mecer produce el idiotismo.

« Mecer á un niño es prepararle para entrar en Charentón » (1).

El doctor Gyoux hace constar de paso que tal es la opinión de sus comprofesores.

Además añade :

« Más que sueño verdadero es en realidad un estado comatoso, lo que se proporciona al niño con las mecidas, á causa de la gran cantidad de sangre que se hace afluir al cerebro.

» Una fuerte sacudida dada á la cuna es más peligrosa en la época de la dentición porque expone más á los niños á las convulsiones y afecciones comatosas, aumentando la congestión de la sangre hacia el cerebro á donde se siente naturalmente atraída durante la crisis en cuestión (2). »

Sin embargo, Gyoux es uno de los que se muestran más favorables á esta práctica, siempre que el movimiento que se imprima á la cuna sea ligero, pues no puede resultar ningún inconveniente de un balanceo suave.

Sin embargo, más adelante él mismo condena las

(1) D.^r J. Gérard: *Conseils d'hygiène et d'alimentation*, pág. 49 y 50. — Charentón es un asilo de dementes de Paris, que se halla en el pueblecito de dicho nombre.

(2) Ph. Gyoux: *Éducation de l'enfant*, pág. 60 y 61.

mecidas acaso con más severidad que todos los demás.

« El que está habituado á que le mezan no puede dormirse sin este medio; y se está obligado á continuar largo tiempo esta práctica. Pero sucede que al cabo de algún tiempo no le causa impresión un ligero balanceo y grita tan pronto como se suspende; entonces hay que empezar de nuevo la misma manobra y para calmar al niño hay necesidad de mecerle violentamente » (1).

Vemos, pues, que todos los médicos convienen en que este ligero balanceo se convierte para el niño en verdadera necesidad, y todos reconocen que no tarda en necesitar un movimiento mucho más violento.

Muchas cunas de mimbre están montadas sobre pies fijos y si las *barcelonetas* de hierro pueden balancearse, esto depende más bien de su construcción que de otra cosa. Por otra parte están provistas de una especie de aldabilla ó pitón para inmovilizar la cuna, cuando se quiera.

Á veces basta un ligero movimiento para apaciguar al niño y no puede serle perjudicial, sobre todo cuando se recurre á este medio accidentalmente para calmar algún dolor (2).

(1) Ph. Gyoux: *En el pasaje citado.*

(2) En estos casos tan frecuentes en la primera infancia, las mecidas son uno de los medios más eficaces para calmar al

Sucede con frecuencia que las niñeras y nodrizas para librarse más pronto de una tarea fastidiosa, mecen á los niños á pesar de la prohibición que se les haya hecho.

Para hacer perder al niño la mala costumbre de las mecidas, se van disminuyendo éstas poco á poco, sin hacer caso, si el niño llora en los primeros días.

También pueden suprimirse las mecidas de una vez.

Es seguro que el niño llorará fuerte pero al fin cansado de llorar se quedará dormido.

Los médicos censuran también esos cantos monótonos que las nodrizas de todos los países emplean para llamar el sueño sobre las pupilas del niño.

Hasta hay algunos que afirman que el sueño es provocado por la fatiga que esos cantos producen en el cerebro.

Otros pretenden que ese ruido que hiere los oídos y va disminuyendo insensiblemente determina una ligera subida de sangre al cerebro.

Por el contrario el doctor Seraine, apoyándose en Platón y Galeno, recomienda esta práctica.

« Las damas griegas, dice Platón, tomaban á sus

niño, según hemos tenido ocasión de observar por propia experiencia.

N. del T.

hijos en brazos y los dormían no en silencio sino cantando con dulzura. »

El doctor Seraine dice por su parte :

« Lo mejor seguramente es volver á esta costumbre que aconseja igualmente Galeno. Y luego añade las siguientes palabras :

» Las mecidas pueden compararse al movimiento de un navío agitado por las olas. Si los hombres robustos no pueden soportarlo ¿ cómo queréis que pueda ser útil á un niño ? Dormirlo más bien cantándole una bella canción (1). »

Á pesar de lo dicho, no se puede afirmar que el doctor Seraine apruebe que se duerma al niño en los brazos.

El doctor Gyoux, hablando de los cantos de las nodrizas, se limita á escribir que no aprueba esta costumbre y que cree « que debe dormirse á los niños sin recurrir á ninguna tentativa de esta índole y se conseguirá siempre con tal que se tenga voluntad enérgica y perseverante » (2).

Esto no quita para que esta clase de canciones ocupen un puesto importante en los cantos nacionales de todos los países. Se las encuentra hasta en los pueblos más salvajes.

(1) Doctor Seraine : *De la santé des petits enfants*, pág 74

(2) Ph. Gyoux : *Éducation de l'enfant*, pág. 61 y 62.

Además de lo dicho, en vista de las frecuentes contradicciones de los médicos y en vista sobre todo de la experiencia de tantos siglos, estamos por creer que muchos de los peligros que se invocan son más imaginarios que reales.